

ESTHER GARCÍA LLOVET

*Cómo dejar de
escribir*



Renfo, el hijo apócrifo del gran Ronaldo, el mítico escritor latinoamericano, deambula por Madrid en busca del manuscrito perdido de su padre. Acompañado de Curto, un amigo exconvicto, y Vips, un parado de larga duración, recorre la ciudad durante un verano tórrido animado por niñas pijas, coches robados, fiestas lacias y humoristas psicópatas, camareros cutres y bares que nunca cierran. Selfie algo irónico y alucinado, *Cómo dejar de escribir* deja sonar la cara B del mundo literario con la distancia de quien no perteneció a él. Una novela sobre el Madrid más anónimo, sobre gente que no sabe lo que quiere. Sobre cómo dejar de hacer nada y empezar a hacerlo todo; cómo dejar de escribir e ir a la guerra. Una novela secamente alucinada, de ambientes enrarecidos y humor difuso, perplejo, escrita con el estilo agudo, compacto y sugerente que es marca de la casa de una de las voces más felizmente excéntricas de la literatura de hoy.

Índice de contenido

Cubierta

Cómo dejar de escribir

I. Hablaba con los mendigos y los voluntarios de ONG y los vendedores de Gucci falsos y DVD falsos hasta que se cansaban de mí y se cambiaban de acera.

II. El mundo está vivo y nada vivo tiene remedio y ésta es nuestra suerte[1]

III. Love Camp

Sobre la autora

Notas

¡Para Jaime!

El día 7 de noviembre de 2016, un jurado compuesto por Salvador Clotas, Paloma Díaz-Mas, Marcos Giralt Torrente, Vicente Molina Foix y el editor Jorge Herralde, otorgó el 34.º Premio Herralde de Novela a *No voy a pedirle a nadie que me crea*, de Juan Pablo Villalobos.

Resultó finalista *Amores enanos*, de Federico Jeanmaire.

También se consideró en la última deliberación la novela *Cómo dejar de escribir*, de Esther García Llovet, excelentemente valorada por el jurado, que recomendó su publicación.

- I. Hablaba con los mendigos y los voluntarios de ONG y los vendedores de Gucci falsos y DVD falsos hasta que se cansaban de mí y se cambiaban de acera.

1

Me acuerdo de cuando no pasaba nada. Me acuerdo de aquella edad de oro, esa convalecencia, los desayunos descongelados del burger, las tardes en sesiones dobles de películas malas de instituto y las noches, las noches de cuarenta horas, cincuenta horas huecas como el túnel de la risa, sesenta horas escribiendo sobre el gran Ronaldo, setenta horas de medianoche sólo interrumpidas por alguna llamada al móvil, un Nokia del noventa y tantos que sólo encendía un par de minutos al día, de madrugada, para comprobar de la que me había librado.

—¿Qué tal, Renfo? —me preguntaba Curto.

—Bien. Escribiendo.

Luego colgaba. Y miraba media hora del reality del cocinero psicópata, los anuncios de la Rotorazer, tomaba café, cafés, lonchas de york, y después seguía escribiendo, con los ojos y la boca secos como piedra pómez, hasta bien entrado el mediodía, sobre el gran Ronaldo, y cuando salía a correr por detrás del Jumbo y de las canchas del Club de Tenis y de las terrazas de los bares caros donde todo el mundo parece que siempre tiene treinta y tantos años y es eternamente feliz, yo pensaba en lo poco feliz que era, o al menos en la poca necesidad que había tenido de ser feliz, si es que no es eso desdicha, el gran Ronaldo, el mayor escritor latinoamericano de su generación, el Ronaldo de la chupa de cuero. Mi padre.

2

Al tipo aquel lo veía siempre en la puerta del VIPS de López de Hoyos, debajo de la pérgola, pidiendo un euro como si la cosa no fuera con él o como si ya le diera todo igual, sentado en el borde de la maceta de palmeras. Con camisa gastada de Ralph Lauren. Lo veía ahí y lo veía en mi calle y en las presentaciones de libros. Imagino que iba a las presentaciones de libros por las copas, porque nunca lo vi comprar ni leer ningún libro pero sí beber tinto, en vaso de plástico, y comer los picos de pan, duros, que a veces mojaba en el vino. Me guiñó un ojo. Yo me quedé en una esquina, vestido de verde pálido porque las paredes del local eran verde pálido, esperando pasar por completo desapercibido. Miré alrededor, a los colegas del gran Ronaldo, charlando y hojeando los libros, las enormes pilas de libros, torres y columnas y pilares de libros sosteniendo la nada. Escritores, agentes, críticos, periodistas. Críticos, agentes, periodistas, escritores. Periodistas, escritores, críticos, agentes. Miré alrededor y caí en la cuenta de esa característica tan de juguete Lego de las presentaciones de libros. Salí a fumar. Apoyé el pie y la espalda contra la pared de la librería y encendí un Kool. Por en medio de la calle corría un reguero de agua entre los adoquines, un reguero al que algún artista del barrio había añadido un líquido fosforescente que brillaba en la noche, amarillo y translúcido, el estrecho mar de los Sargazos. Una chica muy alta que fumaba a mi lado se apostó con otro fumador a que si arrojaba el cigarrillo al líquido aquello se inflamaría y «volaríamos todos por los aires». El otro dijo que sí con la cabeza, más o menos. Estaba un poco borracho. La chica lanzó el cigarrillo al reguero fosforescente en una larga parábola.

No pasó nada. Nunca pasaba nada. En aquel barrio vivían muchísimos artistas.

—Hola, Renfo.

—Hola, Curto.

Se había afeitado, Curto. Tenía los ojos abiertos del todo además, algo muy poco frecuente en él, como si se hubiera afeitado también por dentro.

—¿Te has despedido ya de la gente? —me preguntó.

—Sí, claro —mentí. En realidad había llegado diez minutos antes y me había despedido de todo el mundo como si llevara allí desde el principio. Suele funcionar.

—Vámonos a tomar algo —dijo. Señaló hacia la plaza del final de la calle y echó a andar. Él sí que no se despedía de nadie, nunca. Como buen suicida social, Curto sabía administrar muy ajustadamente sus ausencias entre cada salida de pata de banco, a diferencia de mí, que siempre regresaba demasiado tarde.

—Vamos.

Subimos la calle en silencio, un silencio cómodo, nada apretado; a Curto lo conocía desde hacía más de un lustro. Curto era uno de los pocos amigos del gran Ronaldo que me dejaban en paz, aunque la idea de buscar el manuscrito perdido de mi padre y escribir un libro sobre él había sido suya, el verano anterior, al cumplirse los cinco años de su muerte. Curto era el que más material estaba produciendo, eso seguro. Le mantenía alerta y limpio de toda la mierda que se metía. Se le veía en la cara. Curto había estado en la trena un año y medio, en el 92, cuando la Expo. Cuando salió escribió un libro sobre la experiencia, que no tenía nada de sórdida salvo por la descripción de cómo su compañero de celda un día cocinó calamares a la romana y después de haberle invitado a cenarlos, con limón, le dijo que eso que se acababa de comer era el intestino cortado en rodajas del de la celda 24, suicidado la noche anterior. El libro se vendió mucho, le entrevistaron en *Esta noche cruzamos el Mississippi*, conoció a mi padre en un partido Barça-Real Madrid. Ya no escribió más. Cuando Curto estaba mal estaba muy mal y cuando estaba bien estaba demasiado bien, sin término medio ni transiciones, hasta que se le ocu-

rrió lo del libro sobre mi padre y se quedó ahí, en el punto justo, como un equilibrista. No sé si era lo mejor para él.

—¿Estamos yendo a algún sitio concreto?

—Creía que llevabas tú —contesté. Habíamos atravesado el barrio de Los Santos y estábamos cerca de Gran Vía ya, donde aún quedaban viudas y pensionistas, gente que escupe en la acera y que salva el barrio ladrillo a ladrillo en sus bolsas de plástico del Día. El Palentino: demasiado lleno. Nos sentamos cada uno en un bolardo de la plaza. Yo no podía más.

—¿Te llevo a casa? —Hizo una seña con los dedos pidiendo un cigarrillo. Tenía las uñas amarillas de todos los años que las había llevado pintadas de negro, y cinco puntos azules en el dorso de la mano, el clásico tatuaje carcelario que se había hecho sólo para que quedara muy claro que había estado en el trullo.

—Venga.

El coche lo tenía por allí aparcado, un Mini Cooper rojo que conducía con una sola mano y que parecía de goma porque igual sorteaba una moto que el Circular. Cuando llegamos al barrio aparcó detrás del Jumbo y seguimos andando hasta casa. Abrí la cancela del jardín y la puerta principal y Curto entró en el cuarto de estar, donde fue directamente a sentarse en el sofá cama de Ikea que había frente a la tele, debajo de la ventana. Estaba en su propia casa. No se quitó el abrigo. No sacó las manos de los bolsillos del abrigo en todo el rato que estuvo allí sentado, las hojas del laurel del jardín detrás y alrededor de su cabeza como un trono salvaje, salvaje y europeo a la vez, una selva gastada. Era su lugar. La primera vez que vino, al poco de mudarme yo a la casa, también se había sentado ahí, frente a la tele, para ver conmigo las imágenes del accidente. Las habían tomado desde un batiscafo o un submarino que había descendido los dos mil metros de la fosa de las islas Caimán. Allí abajo todo estaba oscuro, una oscuridad espesa de sala de cine, los peces como calamares gigantes con

ojos enormes, ojos del tamaño de una cabeza, ciegos. El fondo era de arena negra, puro polvo de basalto, y sobre la arena descansaban las dos filas del avión. Habían editado sólo las imágenes en las que se les veía de espaldas, por respeto a las víctimas, aunque dudo mucho que ninguna de las víctimas hubiera resultado reconocible a la presión de esa profundidad. Estaban todos bien amarrados a sus asientos, con los brazos flotando por encima de la cabeza, haciendo la ola. Los que no, los que no se habían puesto el cinturón, habían debido de salir despedidos y arrastrados por la corriente, esa lenta e inexorable corriente linfática que yo imaginé llevando el cuerpo de mi padre hasta las costas de África o aún más apropiadamente hasta las costas de un pequeño pueblo pescador sueco donde algún exiliado chileno habría reconocido el cuerpo incorrupto del gran Ronaldo, los bolsillos aún llenos de Mentolines. «Hay gente que suelta fantasmas por ahí y no se entera», había dicho Curto entonces, desde el sofá, mirándome muy fijamente como si él supiera algo que no tenía la menor intención de decirme.

Aunque igual pensaba que el fantasma, ese que andaba por ahí, era yo.

3

En una fiesta. La despedida de un amigo de Ronaldo, un escritor peruano que volvía al Perú después de quince años aquí, en Madrid, donde no había hecho otra cosa que escribir del Perú y de los peruanos. Había mucha luz en la casa, un apartamento en la mismísima Gran Vía con neones en el techo de plafón que debía de ser una antigua oficina reconvertida en pisitos de estudiante. Curto me presentaba a la gente y algunos me saludaban como si nos conociéramos de siempre aunque fuera la primera vez que los veía

en mi vida. Qué buenas relaciones públicas, los latinoamericanos. Había una chica en una esquina que no levantaba la cabeza de una Moleskine donde iba levantando acta de cada frase que oía. No sé. La fiesta esta parecía a punto de acabarse y extinguirse de un momento a otro todo el tiempo. El pisco era de litrona de Fanta de limón.

—Éste es Renfo. —Curto me sujetaba por el brazo sabiendo que podría escaparme en cualquier momento—. Es el Hijo de Ronaldo.

Sonó así. A Hijo de Ronaldo. El hombre era uno de esos profesores de escritura creativa que llevan diez años preparando el hueco para la gran novela que revolucionará los cielos de la literatura universal. Un melancólico de cara de caballo.

—¿Y tú a qué te dedicas? —me preguntó.

—A correr.

—Renfo está escribiendo la biografía de Ronaldo.

—Si yo te contara.

—Ya.

—Te voy a dar mi número —dijo. Cogió una servilleta. Sacó un Bic—. Y me llamas. Hice un viaje con tu padre una vez, en coche, tres días. A ver la tumba de Borges. ¿Por dónde vives?

—Estoy de paso.

Curto cogió la servilleta, la dobló y me la metió en el bolsillo:

—Muchas gracias.

Luego le dijo algo en alemán. ¿En alemán? Me senté en un sofá, solo, frente a una bandeja de arrollados con cilantro. Sonaba «América» de Nino Bravo, en disco, en vinilo, en revoluciones por minuto, que es lo que de verdad les gusta a los latinoamericanos. Al tercer pisco se me sentó al lado un periodista que ya conocía, muy joven, de mi edad, con una piel sonrosada como jamón york.

—Ese que te ha dado su número no tiene ni idea, ¿eh? —me dijo—. A ver cuándo nos vemos. Yo con Ronny habla-

ba mucho de música, de Elvis. Le gustaba Elvis, a tu padre.

Sacó una tarjeta, unas de esas tan guapas de Moo, y me la metió en el bolsillo, el colega de Ronny. Todo el mundo metiéndome papeles en el bolsillo, un novio de boda gitana, eso era yo esa noche. Me acerqué a uno que estaba en una esquina con una copa en la mano, sonriendo sin más. Lo veía en muchas fiestas. El invitado perfecto, que no abre la boca en toda la noche pero sonrío siempre y es guapo, el tío, y queda bien en cualquier parte. Hablé un rato con él, del tráfico que había en la calle, de política municipal, de gilipolleces. Él asentía todo el tiempo. A ratos oía una conversación sobre Jean-Paul. Jean-Paul, Jean-Paul, Jean-Paul. Será Belmondo, pensé. Me acerqué a escuchar pero no. No era Belmondo. Era el Otro Jean-Paul. Y ahí ya me marché.

4

En el VIPS de López de Hoyos. Mirando *Runners* y *Men's Health* y magazines de deportes extremos. Una tabla de surf sobre la gran ola del mundo. Morir con el cráneo reventado contra el cemento de la Panamericana, a doscientos por hora, a mil por hora, morir de vértigo, como los millonarios.

5

Soñé con mi padre. Soñaba con mi padre. Yo entraba en el bar El Chigre, donde el gran Ronaldo no había estado en su vida o al menos en su vida de este mundo, y lo encontraba allí sentado delante de una infusión de manzanilla que llenaba el aire de ese tenue olor a vómito y a viejo. Mi padre se levantaba y me saludaba dándome un abrazo, un

abrazo de colega o de amigo, y luego se apartaba dejando una mano sobre mi hombro para verme mejor. De arriba abajo. Siempre parecía satisfecho. Luego nos sentábamos. Me preguntó por «la peña». Dijo así: «la peña», un término que jamás había usado y que no le iba nada. Como estaba sentado de espaldas al televisor le señalé la pantalla para que mirase. En la tele estaban con *Sálvame*, era media tarde. El plató de *Sálvame*, lleno de escritores y escritoras y poetas de diecisiete años esperándole a él para que presentara el programa, al gran Ronaldo, sentado conmigo en El Chigre, con el cristal de las gafas mellado en los bordes. «*Sálvame*», cantaban, pero muy mal, cada uno por su lado. A propósito. «La peña está ahí», contesté. «Esperando a que la salves.» Se volvió para mirar la tele mientras pelaba una almendra. Había muchas tapas y cacahuetes y cosas para picar, gratis, así que debía de ser un sueño de antes de la crisis.

—¿Y tú dónde estás? —me preguntó de repente.

—No me grites.

Pero no me había gritado. En realidad se había limitado a sacar la bolsa de manzanilla de la tetera y como vi que no goteaba, nada, que salía seca en realidad, comprendí que estaba dentro de la categoría de un sueño y me desperté de golpe.

6

La casa de mi padre era grande, un chalet de los años cuarenta en una de las muchas colonias de los alrededores de Arturo Soria, con jardines descuidados y suelo de losa cocida, algunas muy pijas y otras muy pobres o ya directamente abandonadas. La había comprado así porque probablemente le parecía una casa europea, tenía ese aire a discreta posguerra europea, aunque los antiguos propietarios

en algún momento habían decidido que lo bueno venía de América y habían mandado hacer una cocina americana, con los fogones en medio, y plantado un palto en el gran patio de atrás. Era una casa híbrida, de ninguna parte, como el gran Ronaldo.

Curto se levantó y abrió una ventana. Encendió un cigarro.

—Qué poco te pareces a tu padre —dijo de pronto, sin mirarme, como si en el jardín yo hubiera plantado un arbusto raro que indicara una genética incompatible con el jardín original. Se sirvió tres dedos de Hennessy, de una botella que debía de llevar años rondando por la casa sin que nadie la tocara. Curto parecía nervioso y con aspecto de poder ponerse más nervioso aún—. ¿Has hecho algo estos días?

—He visto la primera temporada de *Glee* de una sola vez.

—No me refiero a eso.

—Corro ocho kilómetros. Cada mañana. Ceno en el Knight.

Se encogió de hombros. Encendí un Kool. Estábamos en el despacho de mi padre, donde yo casi nunca entraba y Curto hacía años que tampoco; el despacho del gran Ronaldo, donde su poderosa presencia lo era aún más, una presencia mucho más mental que física, como si absolutamente nada hubiera sido nunca tocado por sus manos sino por su intelecto, los miles de libros intactos, atravesados y leídos por control remoto, asimilados y centrifugados en su mente telequinética sin siquiera abrirlos.

—Ya sabes que yo no me trago lo del manuscrito perdido —dije—. Eso son cosas de los críticos. Se aburren, sabes.

—Pues yo sí me lo creo. Había algo más por ahí. Con tu padre siempre había algo más. —Cogió una taza de una de las estanterías, una de las docenas de tazas de infusiones